
Capítulo XIX.

Ataque al cuartel de los españoles.

Marina no había engañado á Hernan Cortés.

Desde las primeras horas de la noche los mejicanos acudieron á situarse en las casas de los alrededores del cuartel de los españoles, y tomaron todas las providencias necesarias para lanzarse sobre el asilo de sus enemigos en el momento en que apareciese la señal convenida.

Es indescriptible el entusiasmo que reinaba entre los habitantes de aquella nacion, que veia hollada su dignidad y encadenado á su soberano.

No hay como el sentimiento de la independencia de la patria para despertar el valor en el corazon de los hombres.

La patria y la religion son los dos grandes impulsos que agitan á la humanidad.

Los mejicanos veian su patria encadenada, hollada, vilipendiada.

Veian además á su religion escarnecida, porque una indicacion de los españoles habia bastado para que cesasen los sacrificios en los templos, y atribuian sus males al implacable enojo de sus ídolos, hambrientos de sangre humana.

Escenas comovedoras habian tenido lugar en los dias anteriores, y sobretodo en aquel que debia preceder al del combate decisivo.

Los ancianos, son las lagrimas de los ojos, porque no podian prestar apoyo á sus hermanos, á sus hijos, porque no podian defender á la patria, se alejaban avergonzados, haciendo votos por el triunfo de los suyos.

Las mujeres cogian á sus hijos en brazos, y al despedirse de sus esposos, en vez de derramar lágrimas, les alentaban el combate.

Se habian olvidado todas las jerarquías.

Ya no habia clases en Méjico.

Todos eran guerreros.

Todos eran defensores de la patria.

Todos estaban dispuestos á derramar con el mismo ardor hasta el última gota de sangre.

Y aquellos hombres pusilánimes, aquellos hombres que en una fiesta, al oír el estampido de los cañones de los españoles, habian huido despavoridos, ó habian caido desmayados, transformados por completo, ávidos de morir, si era preciso, aguardaban con impaciencia á que rompiese el alba y que apa-

reciese aquella luz, signo del comienzo del combate, para lanzarse sobre aquel edificio y poder presentar sus pechos á las balas enemigas, penetrar en el cuartel por las ventanas ó por las trincheras que pudieran, llegar hasta donde estaban los españoles, luchar con ellos brazo á brazo, y convertir toda la ciudad, si era necesario, en un monton de ruinas, en un lago de sangre.

Las huestes mejicanas, mandadas por el príncipe de Iztacpalapa, se habian dividido en esta forma:

Veinte mil combatientes habian rodeado el cuartel, formando ocho filas, con el objeto de que unas apoyasen á las otras.

El ataque debian darle á un mismo tiempo todos.

Veinte mil hombres estaban reservados para apoyar á sus compañeros, reemplazar las bajas y dar nuevo impulso al ataque.

Otros veinte mil aguardaban en la plaza de Tlatlelulco á que los españoles, arrojados de su cuartel, fueran allí huyendo, para cortarles la retirada y acabar de destruirlos.

Nuevas fuerzas debian llegar en todo el dia, enviadas por los caciques y soberanos de las ciudades próximas.

Hasta el mismo Guatimozin, el esposo de Guacalcinla, debia ponerse al frente de aquel formidable ejército, y acudir en auxilio de los mejicanos.

Marina cumplió su palabra.

Empezaba á aclarar el dia, cuando asomó una luz en una de las ventanas del edificio.



HERNAN CORTÉS.—Empezaba á aclarar el dia, cuando asomó una luz en una de las ventanas del edificio



Instantáneamente sonaron los clarines y los atabales que usaban como música guerrera los mejicanos.

Los españoles habian colocado los cañones de la mejor manera posible para contener y destruir á sus enemigos.

Al mismo tiempo, en cada ventana habia cuatro soldados, y en las azoteas más de cuatrocientos, formando una línea todo alrededor del pretil, para vomitar balas sobre los mejicanos.

Estos adelantaron en toda la circunferencia del edificio, y dispararon una nube de flechas, para que barriendo la muralla, pudiesen acercarse los que inmediatamente debian dar el ataque.

Fueron tan repetidas y tan cerradas las cargas que dieron en el asalto, que pusieron á los defensores en la mayor confusion.

Las flechas que disparaban constituian un número tan formidable, que quedó anegado el cuartel, teniendo que dedicarse á apartarlas para poder manobrar.

Las armas de fuego y los cañones hacian horrible destrozo en los enemigos.

Pero llegaban tan resueltos á morir ó á vencer, que se adelantaban en tropel á ocupar el vacío de los que iban cayendo, pasando por encima de los muertos y atropellando á los heridos.

El arrojo de algunos llegó hasta el punto de ponerse debajo de los cañones para intentar apoderarse de ellos.

Unos trepaban sobre sus compañeros para suplir el alcance de sus armas.

Otros hacían escalas de sus mismas picas, para ganar las ventanas ó terrados.

Todos se arrojaban al combate como verdaderos héroes, y no desmayaban á pesar de las numerosas bajas que les ocasionaban sus enemigos.

A pesar de los grandes esfuerzos que hicieron los mejicanos para obtener el triunfo, fué la resistencia tan tenaz, que se vieron rechazados.

Motezuma, enterado de lo que pasaba, hizo las mayores tentativas para salir de su aposento, presentarse á sus vasallos, contenerlos, y morir á sus manos si era preciso.

Hernan Cortés comprendió que aquella determinación podía malograr sus planes, y se opuso tenazmente á los designios del emperador.

Tanto insistió este, que no tuvo más remedio que ponerle centinelas de vista y obligarle á permanecer allí, so pena de sufrir un castigo ignominioso.

Motezuma se resignó una vez más con su triste suerte.

Es imponderable la energía, el valor, el ardimiento que desplegaron los españoles.

Pero no fueron estos solos los héroes.

Marina, asistiendo á todas partes, llevando las órdenes de Hernan Cortés, curando á los heridos, multiplicándose hasta lo infinito, dió pruebas del inmenso amor que profesaba al caudillo de los españoles.

Al anochecer se retiraron los mejicanos, más que

por otra cosa, porque no acostumbraban á luchar en cuanto se ponía el sol.

Pero al ver lo mal parados que habían quedado en la pelea, al ver que habían perecido en la lucha más de cuatro mil hombres, que pasaban de diez mil los heridos, se reunieron en consejo los jefes de aquellos valerosos patricios, y convinieron en no perder un solo instante para continuar de nuevo la obra destructora.

Uno de los teopixques, profundamente irritado contra los extranjeros:

—Es necesario incendiar el cuartel,—exclamó,—y que perezcan todos en las llamas.

La idea fué acogida con el mayor entusiasmo por los mejicanos.

Inmediatamente, á favor de la oscuridad de la noche, hacinaron cerca de las puertas del edificio troncos de árboles secos, y al mismo tiempo se procuraron flechas de fuego, colocándose de la mejor manera para arrojarlas á sitios donde pudieran producir la llama.

En esta operación emplearon los encargados de llevarla á cabo más de dos horas.

Cuando los españoles iban á entregarse al descanso para continuar la pelea al día siguiente, porque estaban seguros de que los mejicanos volverían, se vieron sorprendidos de pronto por las llamas, que levantándose á la puerta del edificio, no tardaron en subir hasta del pretil de la azotea.

Aquel resplandor siniestro en medio de la noche,

les alarmó de tal manera, que comprendiendo la inminencia del riesgo, en tanto que los españoles hacían fuego para evitar que se acercaran los indios, los tlascaltecas acudieron á apagar las llamas, sin lograr que dejaran de abrir las puertas, que hasta entonces habían permanecido cerradas.

Derribaron paredes para apagar el fuego con los escombros, y después trabajaron para cerrar los boquetes ó astillarlos, á fin de impedir que por ellos entrasen los enemigos.



Capítulo XX.

Nuevos combates.

Lo que había sucedido no era nada en comparación de lo que debía suceder.

Apenas amaneció al siguiente día, volvieron los enemigos aunque no se acercaron á la muralla, sin duda por que no querían sufrir las pérdidas que el día anterior habían tenido que lamentar.

Pero desde alguna distancia provocaban á los españoles, excitándoles á que salieran á campo raso, llenándoles de improperios y causándoles de cobardes y traidores, porque permanecían encerrados sin atreverse á afrontar la indignación de sus enemigos.

Hernán Cortés vió que se habían anticipado á sus deseos, porque resuelto á conocer á fondo la verdadera importancia de sus adversarios, había dado órden á sus soldados para que se aprestasen á abando-

nar el cuartel y á luchar en las calles, en las plazas y en el campo, si era preciso.

Con aquella energía, con aquel entusiasmo que le caracterizaba, arengó á sus soldados, animó á los tlascaltecas, y comprendió con una viva satisfacción, al oír sus expansiones, que todos deseaban poner término á aquella lucha, escausando á los mejicanos.

Inmediatamente dividió en tres grandes grupos su ejército.

A los dos primeros les confió la misión de despejar las calles próximas al cuartel.

El tercero, á cuyo frente debía ponerse, y le formaba el grueso del ejército, debía avanzar por la calle de Tacuba, que era la que conducía á la plaza de Tlatelulco; ancha y espaciosa vía, en donde podía muy bien dar la batalla.

Dispuso las hileras, y distribuyó las armas según la necesidad que había de pelear por el frente y por los lados, acomodándose á lo que observó Diego de Orgaz en su retirada, y teniendo por digno ejemplo que imitar lo que poco antes mereció su alabanza, en que mostró la ingenuidad de su ánimo, y que no ignoraba cuánto aventuran los superiores que se desdeñan de seguir las huellas de los que les precedieron, cuando hay tan poca distancia entre el error y el diferenciarse de los que acertaron.

Antes de abandonar el cuartel dejó en él suficiente número de tlascaltecas y de soldados españoles, para que le defendieran y para que vigilasen al emperador.

Marina le buscó antes de que se pusiera al frente de sus tropas.

—Quiero ir contigo,—le dijo.

—De ningún modo.

—¿No quieres que comparta contigo el peligro?—repitió la joven.

—Necesito tu presencia aquí.

—¡Oh! No; yo quiero ir donde tú vayas, morir si tú mueres.

—No temas; el triunfo será nuestro, y es necesario que tú me reemplaces aquí, para que no desmayen mis soldados, si aprovechándose los enemigos de mi ausencia, intentasen un nuevo ataque

Esto bastó para que Marina obedeciera.

Pero encargó á Ibbialbi que no se apartara un solo instante de Hernan Cortés, y le defendiera con su cuerpo si era preciso.

—Yo te juro,—contestó el indio,—sacrificarle mi vida si fuera necesario.

Las tropas de Hernan Cortés abandonaron, con gran asombro de los mejicanos, que le observaban de lejos, el cuartel, y no tardó en comenzar el combate.

Es imposible describir los episodios de aquella lucha con más verdad, con más vigor con más colorido que lo hace en su admirable historia don Antonio de Solís.

Los españoles se lanzaron todos á un tiempo sobre los mejicanos.

Esperáronles los enemigos, y recibieron las primeras cargas sin perder terreno, llegando su heroi-

cidad hasta el punto de confundirse con sus adversarios.

Las cerradas descargas que disparaban los españoles, no les intimidaban, y ellos á su vez les arrojaban una lluvia de flechas.

Los españoles consiguieron por fin, despues de una desesperada lucha, desembarazar las calles.

Huyeron despavoridos los mejicanos á lo ancho de una plaza, cargaron sobre ellos tres escuadrones, y á su primer ataque desmayaron los indios y volvieron las espaldas, dando á la fuga el mismo ímpetu que demostraron en la batalla.

Hernan Cortés, deseando no derramar más sangre, ordenó no se persiguiese á la fugitivos.

Recogió su gente y se retiró, sin hallar oposicion que le obligase á pelear.

Las bajas que experimentaron los españoles fueron diez ó doce muertos y unos sesenta entre heridos y confusos.

Los mejicanos sufrieron horribles pérdidas, y presentaban un aspecto imponente las calles, cuyas aceras estaban teñidas con la sangre de tantas victimas.

Todos hicieron alardes de valor, y los tlascaltecas rivalizaron con los españoles.

Hernan Cortés dirigió á su ejército como valeroso capitán, acudiendo á todas partes, y demostrando que unia á su gran valor su pericia militar.

Hernan Cortés ordenó la retirada para dar descanso á sus tropas y asistir á los heridos.

Esta se hizo con el mayor orden.

Los españoles sentian abandonar á los enemigos despues de haber llevado la mejor parte en la pelea.

Es indecible el valor que inspiraba Hernan Cortés á sus soldados.

Marina salió al encuentro de ellos.

Afortunadamente los mejicanos no habian intentado asaltar el cuartel.

A pesar del triunfo, temerosos de una celada, velaron los españoles para no verse sorprendidos.

Tres dias trascurrieron sin que le hostilizaran los mejicanos, y por lo tanto, sólo se cuidó en este tiempo de defender el cuartel y de estar prevenido para evitar cualquiera sorpresa.